

X V. GABRIEL GARCES

X INDIVIDUO Y SOCIEDAD



Antigua y moderna es la grave discusión acerca de qué es lo que se impone, qué es lo que verdaderamente predomina y reina, el hombre en su individualidad plena o la colectividad numerosa, la sociedad potente. Saber si el ser aislado, el ente humano cabal es el que vale por sí mismo o si quien vale es aquel ente mayor, pujante en su dominio, que es una sociedad. Vale decir, en términos de apreciación psicológica, esa disputa se ha establecido siempre entre el **yo**, el personal e intransferible **yo** y el **nosotros**, expresión pronominal que denota pluralidad o la evidencia de más de una persona, incluido naturalmente el **yo** antes aludido.

Parecería sin importancia el problema planteado, pero no es así. Es de sumo interés indagar precisamente la verdad de lo personal que el **yo** trasunta o la verdad del **nosotros**. Porque hay vacilaciones respecto a que el ser humano sea el único que existe en su infalsificable verdad y que hay un errado concepto al creer que la sociedad es distinta de los hombres que la forman. La sociedad no sería, para este modo de apreciar las cosas, sino la suma matemática de los individuos que la integran. Cien hombres formarían un grupo que no puede ser ni menos ni más que ciento en expresión cuantitativa. En términos distintos, cien **yo** llegarían a constituir un **nosotros**, éste sí invariable en su denominación.

El hombre es la máxima expresión de verdad biológica y psíquica. El hombre es principio y fin de la existencia que el destino nos ha señalado. La existencia humana es justamente el triunfo del hombre y, cuando más, de muchos hombres, de numerosos hombres que hacen la convivencia. Por tanto, ¿qué sentido ha de darse —alegan los negadores del valor social— a una nueva entidad, un nuevo tipo de estructura que pretende ser más que el hombre?

¿Qué evidencia hay acerca de esa cosa inasible y compleja que llamamos sociedad, y más aún si a ésta se intenta considerar como un todo que por el hecho de serlo ha de ser más que la parte, el hombre individual? ¿Por qué ha de antedonarse la sociedad en sus intereses, en sus afanes, en su derecho a la suprema verdad del individuo?

Entre lo uno y lo múltiple debe buscarse el nexo exacto que los une. Un hombre o muchos hombres demuestran, de inmediato, cada cual en su virtualidad, el valor de uno o de ciento o un millón, pero medidos de uno en uno como las matemáticas indican. En cambio, la sociedad no suma, no asocia individualmente a sus componentes, sino que los vuelve síntesis admirable que no se desintegra numéricamente sino que forma una entidad colectiva que no es, ni puede ser, el valor equivalente a la cantidad de seres asociados. Por lo mismo, la sociedad no se descompone en tantos hombres, en tantas familias, en tantas instituciones, numerándolos, sino que los abarca a todos y los asocia en una sola profunda verdad vital y espiritual.

Si se quiere vincular a la idea de lo social apenas el concepto numérico de los elementos individuales, allí está el peligro de equivocar criterios dentro de una categoría de apreciaciones sociológicas. Los que así admiten y de esta manera entienden al conjunto como suma de individuos, creen que la sociedad no es sino agrupación, idea física de los grupos humanos, idea objetiva y externa de los mismos. De este modo carecería de importancia en sí la sociedad, puesto que no sería sino la multiplicación de tantas unidades como son las que forman el grupo o conjunto. Qué pobre rol se le daría a una ciencia como la sociología si ha de acudir solamente a sumar lo que observe en el individuo en tantas observaciones como quepa llevarse a cabo para una visión del conjunto. Bastaría la ciencia del hombre en sí y sus auxiliares, que son bastantes, y nada quedaría por hacer a la ciencia de los pueblos o, para decir mejor, de las sociedades.

El individuo es la unidad más simple que no puede descomponerse sin alterar la fisonomía de lo uno, sobre todo si se trata de adjudicar estas condiciones al hombre en sí. El individuo es él y nada más que él, infansificable e indivisible en cuanto tome la figura de ser humano consciente y sensible. El hombre, entonces, es la unidad con cuyo adorte numéricamente extendido, ampliado, multiplicado, se for-

man los conjuntos o agrupaciones. La estadística o la demografía dirían que la sociedad ecuatoriana se integra con cuatro millones y algo más de personas, individuos contados o censados como es debido. La sociedad de este modo se traduciría en cifra, en número, en cantidad, con igual derecho al que se podría atribuir a un bosque con mil árboles a una cantera con un millón de piedras, ambos perfectamente contados o numerados.

Por cierto, muy simple resulta una consideración así respecto de la sociedad. Xuxtaponer individuos humanos, para el caso, no es, ni cabe que lo sea, formar sociedad. Será agrupar, reunir gentes, reunirlas sí pero no asociarlas tal como debe interpretarse el fenómeno asociativo en su esencia. Un muro no puede definirse (esta comparación la he empleado hasta en sentido vulgar para explicar el fenómeno a mis alumnos) expresándolo en térmiros de cantidad de elementos con que se hace un muro. Mil ladrillos o adobes o piedras, con más el elemento aglutinante que emplean ingenieros y albañiles, no son un muro; de la misma manera que cien hombres o cien mil o un millón no son la sociedad. Para fabricar un muro hay que entrecruzar las piezas, trabarlas para dar al conjunto consistencia o estabilidad. Y al entrecruzar o trabar las piezas automáticamente sus dimensiones individuales pierden cantidad precisamente por la traba o entrecruce. Cuando Rousseau nos definía el Contrato Social como aquel tácito convenido de los hombres mediante el cual, en cierto sentido, cedían cuotas de su libertad para hacer posible la convivencia del grupo o de la sociedad, estaba de hecho empleando el recurso de trabazón o entrecruzamiento a que se ha hecho referencia.

Por lo mismo, no es admisible por lo errado el criterio apenas cuantitativo de los grupos humanos a los que hay pleno derecho de llamar sociedades. Los hombres no se suman verdaderamente, como podría sumarse el dinero que ellos quisieran aportar para formar una cantidad total, o como cabría contarse y medirse y sumarse la fuerza física de cada uno de ellos en un esfuerzo realizado en conjunto. Los hombres se reúnen físicamente y hacen un grupo o conjunto igual a sus componentes individua'es. Esto sí es la verdad innegable ciento por ciento, pero de esto no se trata

sino de precisar con más exactitud el contenido de lo que es la sociedad.



La sociedad es una quintaesencia de lo humano en función de ordenamiento y severidad asociativa. Solamente pueden formar sociedad los seres de razón y conciencia. No pueden forjarla ni los idiotas ni los infantes, porque les falta el elemento espiritual capaz de la obra asociativa precisa. No pueden hacerla tampoco los simples seres zoológicos, digan lo que digieren los sociólogos que, con Espinas, creen que sociedad es pluralidad de seres e, inclusive, claro está, lo serían la manada o el rebaño. Sociedad es agrupación humana, pero creada y establecida para fines de dignidad inteligente y responsab'e. La agrupación pura y simple fue la horda primitiva o el fugaz enlace de los hombres entre quienes no existe nexos de acercamiento mutuo y valedero. En cambio, la verdadera sociedad es aquella que se nutre de permanentes contactos, no tanto físicos porque éstos engañan en su significado, cuanto de los espíritus. Los hombres que se unen por ideales comunes, por sinceridad en sus afanes, por la maravilla de su destino igual, esos forjan sociedad, son en efecto capaces de forjarla. Los hombres que se sienten adheridos a causas de amor, de justicia, de libertad, de progreso, ellos son los que se asocian en efecto. Deponen sus diferencias o hacen como que deponen (pues no hay aún maneras de comprobarlo fidedignamente), para poder asociarse. Son como los componentes del tácito contrato social rousseauiano que dan cuotas de su libertad, de su voluntad, de su dominio para hacer posible la convivencia justa que la sociedad de verdad comporta.

No he creído nunca en las sociedades mentirosas en su substancia asociativa. Me han parecido absurdas la cooperación, la solidaridad efectiva, la colaboración decidida y sincera entre hombres y grupos que no se compenetran y no se comprenden, así sea bajo el supuesto de una afinidad general que favorezca su unidad colectiva. Hombres y grupos que se miran hostilmente y que buscan oportunidades de hacerse la guerra, estos no pueden ser entre sí solidarios de su destino. Hombres y grupos que se hostilizan,

aunque aparenten que no lo hacen, esos no son sino adversarios en potencia y no miembros de una comunidad espiritual íntima y profunda. Podrán estar y generalmente están agrupados esos hombres y aquellos núcleos humanos que no se solidarizan entre sí; podrán estar y lo están en efecto integrado pueblos y adscritos a una misma geografía, pero en el fondo de los espíritus, en la honda de sus almas cuánta lejanía, cuánta distancia entre sí. Podrán estar reunidos (dando a esta palabra un significado que no es el de doble unión), harán bloque físico, integrarán colectividades de diverso tipo, pero qué difícil que haya comprensión en sus anhelos y solidaridad en sus gestiones de vida y progreso. Físicamente cercanos los hombres, pero espiritualmente desunidos, lejanos unos de otros. ¿Cómo creer en la sociedad si fallan los pilares sustentadores de su esencia?

Se argumentará que si se imagina que el elemento substantivo de la sociedad radica en el espíritu afín de los hombres que han de formarla, será difícil que haya sociedades efectivas y reales, según esta opinión. Así es, en efecto. Hay muy pocas sociedades porque las que existen son su apariencia, su disfraz, su réplica. Por eso se desfigura cada vez más la sociedad: porque fallan sus reglas y se quiebran los pivotes de su equilibrio. Las sociedades particulares, al modo como las define Simmel, el Ejército y la Iglesia, esas son más seriamente estructuradas porque es uno su canon regulador y una su regla de severidad asociativa. Cuándo será posible que las sociedades generales alcancen análogos métodos de integración con fe profunda en la comunidad de sus ideales y sus normas de convivencia!

Los hombres que fingen comprensión mutua o simulan afectos entre sí; aquellos que ponderan su fervor comunitario, pero que al primer instante fácil demuestran lo contrarios; quienes se muestran fraternos para asociarse entre Caínes en busca de sus víctimas ingenuas; todos ellos se reúnen, hacen bloques físicos y externos, integran agrupaciones, sí, puesto que no hay cómo negarlo, pero no hacen en verdad sociedades. Estas comportan pureza y diafanidad en el comportamiento habitual de sus miembros en la eterna tarea de fortalecer la tarea común del progreso, la libertad y la justicia. No son, por tanto, sociedades las que solamente muestran su apariencia en lo referente a canti-

dad de individuos agrupados, aunque dicha agrupación approxime en lo físico a los hombres aunque se hallen muy lejos sus espíritus con distancia real de ideas y sentimientos que no se aproximan jamás.

He ahí la suprema razón para dudar de la substancia social: la dificultad asociativa de verdad por las razones tan brevemente expuestas. En cambio, qué fácil es ponerle al individuo invulnerable, intrasferible como ser patente y en vigencia en la vida, en todos los tiempos y en todas partes. El hombre, bueno o malo, justo o injusto, inteligente o torpe, él y solamente él es el que aparece en la realidad. El hombre como pura y sencilla autenticidad, en contraste con la complejidad de integraciones sociales tan difíciles y precarias, el hombre con su **yo** frente al **nosotros** tan absurdo y problemático. El **yo** triunfante sobre una posibilidad del **yo** colectivo, si es que es admisible que la colectividad lo tenga.

Mi pan, proclama el hombre para el éxito de su función vital. Mi pan, mi tierra, mi propiedad, mi dominio. Esta expresión señala la verdad de la vida humana: nada hay por encima de lo mío, de lo que es para mí. Qué serias transformaciones supone el hecho de que mi pan se trueque en **nuestro** pan o en **nuestra** tierra o lo que fuese. El **yo** absolutista contra el **nosotros** almibarado de bondades solidarias. El **yo** y el **tú**, y ambos en singular, e inclusive **él**, en tercera persona, pero ni así se traduce en la fórmula asociativa del **nosotros**. Yo hago o tú haces o él hace, no hay inconveniente; pero que nosotros hagamos, no, de ninguna manera porque se incluye el **yo** egoísta e intocable. El **nosotros** es más complejo, más duro de conjugarse en la evidencia del vivir social. Por lo mismo, triunfa el **yo** silencioso, el **yo** fundamental, mientras el **nosotros** permanece en calidades de abstracción teórica o apenas consagrado como afán o como utopía.

Yo pienso o siento, sí, porque es evidente y controlable mi pensar y sentir en cuanto se traduzcan en algo que los materialice y pruebe. Pero que nosotros pensemos o sintamos, aquí ya se distorsiona la verdad o se vuelve más difícil aceptarla. Esto de un parte y de otra, acaso la más complicada, resulta muy grave que muchos, que una infinidad de gentes tengamos un pensamiento distinto del que cada cual tiene para sí. ¿Cómo el pensamiento social, el sentimiento colectivo, manifestaciones profundas de una con-

ciencia social? ¿Cómo, de qué manera esa opinión numerosa y potente ajena a la opinión de cada cual? ¿Qué es, qué significa ese monstruo o fantasma de una sociedad que piensa, siente, actúa, razona o se emociona, según los casos, pero en forma ajena o siquiera distinta al eflujo personal o individual? Estas y otras interrogaciones premiosas se quedan muchas veces sin respuestas, al menos satisfactorias por completo.

Fantasma de la sociedad: eso es efectivamente. Fantasma, porque su figura tremenda no puede enfocarse con ojos diminutos con que se ven las cosas individualmente. Fantasma social, sí, porque su ser inmenso, su capacidad formidable, su presencia colossal no quiere ni puede ser apreciada por el criterio de cada hombre.

No obstante, la sociedad se impone. No hay remedio contra sus dictados prepotentes. No hay cómo desobedecer sus órdenes y mandatos. Esa sociedad negada, combatida, depuesta de su categoría, muestra de pronto su jerarquía superior frente al interés o el derecho del individuo. El individuo no puede salir a la calle sino como dispone el canon social. No puede evadir los compromisos sociales, so pena de caer en pecado contra sus reglas. Nadie es capaz de acallar la voz de una sociedad que sanciona con sus criterios adversos y su opinión desfavorable. No hay persona que pueda vencer al dominio de una moda, de un hábito establecido, de un canon de comportamiento. Es la sociedad la que dicta sistemas y modos de conducta y no hay cómo desobedecerlos. El hombre querría aislar, abandonar a ese fantasma que sigue todos sus pasos, pero no puede escamotear su vigilancia. Podrá mentir, fingir, simular, pero a pesar de todo en la intimidad de cada espíritu aflora el consenso social en forma de arrepentimiento o a modo de promesa de compostura para más tarde. El demonio social tiene sus adversarios, claro está. Los tiene en el egoísmo de cada hombre, en la envidia de las gentes para con sus semejantes, en el rencor existente entre socios de una misma empresa de vitalidad colectiva. Adversarios de la sociedad son los antisociales, llamados así en justicia por sus obras que dañan y afean el vivir social.

El hombre tiene, además, tendencias a la soledad. Espiritualmente le place más su soledad que su sociedad. Está más a gusto solitario que solidario. Su vida misma busca lucirse en la soledad plena de su dominación o poderío,

si los tiene, o en la soledad de su rencor y de su despecho, si los tiene también. Si el hombre se bastara a si mismo, sería emperador de su yo absoluto. Le serviría el placer para atraer las simpatías de los demás hombres. Pero le serviría el dolor, magistral dominador de la existencia, para sufrir en soledad completa, que es la única forma del verdadero sufrimiento. Gozar es cosa de tendencia social o por lo menos para la obra de mostrarlo ante los demás. El que goza, el que se siente feliz es aquel que buscaría socios que lo admiren y aplaudan. En cambio, sufrir, llorar, sentir dolor, todo esto es ensimismamiento, introversión, amargura solitaria. Reír, que es vehículo de dicha, aunque fuera pasajera o transeúnte, es cosa dedicada hacia afuera, hacia los otros. Sonreír, que es operación del alma y que refleja pena profunda pero dilecta en sus manifestaciones, es asunto propio, personal, íntimo, solitario por consiguiente. El mejor llanto es aquel que se nutre de soledad y de silencio.

Difícil, sobremanera difícil es hallar el asidero lógico de la sociedad para entenderla en todos sus atributos y alcances. Especialmente si se la ha de considerar como algo distinto de la simple suma de los individuos, como se ha manifestado. Porque el agregado, la agrupación sencilla, la yuxtaposición de hombres, esto si es claro y fácil. En cambio, sociedad en su sentido extraordinario de síntesis y quintaesencia de los fenómenos asociativos, con aquel dictamen de la sociabilidad a que consagra graves análisis Georges Gurvitch, esto es cuestión compleja y seria. De todos modos, la sociedad existe. Débil, acaso deformada aún por los convencionalismos y el egoísta imperio del yo, pero existe. El yo domina, pero el nosotros mantiene su categoría y tarde o temprano ese nosotros fundamental, sin acabar con el yo, ha de imponerse necesariamente.